

● Toda película chilena que se exhiba en el Río de la Plata, debiera ser previamente subtitulada para permitir su comprensión. En España propusieron seriamente que los films argentinos fueran doblados. Lo que se dice en la mayoría de las películas mexicanas es difícilmente comprensible en el sur del continente. Las diferencias, empero, no son sólo idiomáticas. Algún film cubano con referencias a días de aguay pormenores afros requeriría un manual para comprenderlo. No hay cómo entender una

esa identidad existe realmente, o si es preferible, en cambio, percibir que somos diferentes, para desde esas diferencias descubrir lo que nos aproxima, que no es precisamente esa identidad. La Europa comunitaria ha trazado una unidad política, económica y geográfica mucho más precisa que la latinoamericana empezando por advertir que los doce países que la integran son absolutamente diferentes y que las únicas identidades culturales son nacionales.

necke, a principios de este siglo: los individuos y comunidades se identifican a sí mismos por el hecho de pertenecer a un estado nación único reduciendo la importancia de las razas, las religiones o las lenguas diferentes dentro del territorio de cada Estado. Ese proceso de integración y de identificación, sin embargo, es mucho más económico y político que cultural. Por el contrario, las dife-

Qué identidad cultural?

Manuel Martínez Carril

obra maestra como Dios y el diablo en la tierra del sol si el espectador no se informa antes sobre unas cuantas cosas de la cultura, la tradición y la historia de Brasil. La uruguayaya Mataron a Venancio Flores exigió para sus exhibiciones en el exterior un folleto impreso sobre historia uruguayaya siglo XIX. Y otro manual hubiera sido útil para abarcar los detalles de significado y sugerencia de Cóndores no entierran todos los días, del colombiano Francisco Norden. Sin embargo, a pesar de todo, se sigue hablando de una identidad cultural latinoamericana, que vendría a ser una extensión de las propias identidades nacionales, sin percibir, por ejemplo, que aunque no lo parezca, argentinos (o porteños) son muy diferentes de uruguayos (o montevideanos), y que podemos ser sin duda nosotros mismos, pero no todos al mismo tiempo. Entre México D.F. y Montevideo hay tanta distancia en kilómetros como de Madrid a Kabul.

Aparentemente sucede que la identidad cultural es un concepto político más que cultural y así se lo ha empleado desde los años sesenta, cuando estaba claro cuál era el enemigo principal y quiénes eran los dominados (también culturalmente). Si al enemigo se lo tenía a la vista, debíamos unirnos todos contra él. La consigna política abarcó entonces a la cultura y en América Latina se creyó descubrir que éramos todos iguales, y que teníamos una identidad cultural latinoamericana que nos permitía ir juntos contra el imperialismo preferentemente yanqui. Ahora que las cosas están menos claras habría que ver si

Pero todos participan de una idea o proyecto europeo que no empieza ahora y que se origina entre los siglos XVI y XVIII. Al mismo tiempo desde hace cuatro siglos en los países de Europa Central y del Este se observa un proceso contrario amparado en ideas volátiles de identidades culturales que debían generar una unidad que no se produjo pero que en cambio y ya en el siglo XX, sirvió de apoyo ideológico al nacional-socialismo, entre otros fenómenos históricos.

ESTADO NACION Y KULTURNATION. El concepto de identidad cultural aparece expuesto por primera vez en 1767 por Herder como oposición a la idea de estado nación desarrollada en el oeste de Europa. Desde el siglo XVI y más claramente desde el XVIII se genera en Occidente un proceso de transformación social y económica que conduciría al capitalismo partiendo de la existencia de estados absolutistas modernos, como en Inglaterra y Francia. Esa modernización introdujo cambios radicales en la sociedad y las transformaciones capitalistas jugaron un papel integrador en el desarrollo histórico de pueblos y países. Como lo expresa el húngaro Iván Berend, "a lo largo de doscientos o trescientos años, sin relación con las diferencias étnicas, religiosas y lingüísticas de las comunidades europeas occidentales, se asiste a un proceso de integración nacional, como resultado del cual la población de un estado en particular, a pesar de sus diferencias étnicas, religiosas y lingüísticas que sobreviven, logra constituirse en estado nación (Staisnation) único". Esta comprobación ya estaba en un historiador alemán, Friedrich Mei-

rencias reales son culturales, pero las coincidencias se producen a nivel de intereses económicos y políticos. Corresponden a la gradual transformación capitalista que se inicia en Occidente con la abolición de la servidumbre y se dinamiza con la acumulación de recursos humanos y materiales en el estado nación.

En la Europa Central y del Este, el proceso es muy diferente. "Los pueblos de esa región retroceden en el mismo período, a una condición que recuerda las anteriores formas de rígido feudalismo y servidumbre, con frecuencia descritas como una segunda servidumbre", señala Berend. Los pueblos al este del Elba quedan al margen de las evoluciones occidentales y no se integran al proceso de modernización económica. Y lo que es peor y más revelador: en la medida que se comienza a diseñar una incipiente división internacional del trabajo, quedan reducidos al papel de simples proveedores agrícolas para las sociedades urbanizadas y en gradual industrialización del Oeste europeo. En el Este se mantienen las sociedades nobiliarias y el campesinado sin posibilidades de ascender a una clase media que en los países occidentales dinamiza cada estado. El desarrollo es imposible o muy reducido, pero además en lugar de estados independientes las estructuras políticas consisten en imperios multinacionales que albergan principados o caprichosos pequeños estados. Las diferencias económicas (servidumbre como proveedores de alimentos a los desarrollos occidentales) y la anticuada uniformidad política bajo los imperios Ruso, Turco o de los Habsburgos, imposibilita la existencia de estados nación que "unifiquen las fuerzas de una historia

política común". Esas frustraciones originan los mitos culturales compensatorios: la superioridad de una lengua y una cultura nacionales, la identidad cultural, el mito de la *Mitteleuropa*, la idea de *Kulturnation*. Se sostiene entonces que, además, hay una historia común capaz de sustituir las razones que conducen a la cohesión occidental, pero esa idea es otro mito, porque la historia común es apenas una memoria de confrontaciones y dominaciones turcas, rusas, habsburgas. Los grandes imperios del Este pasan a ser dependientes económicamente de los estados nación de Occidente que se desarrollan, y dentro de esos imperios multinacionales distintos pueblos y naciones son en los hechos dependientes de turcos, rusos, austríacos. Los mitos culturales resultan incapaces de crear la cohesión, porque carecen de un soporte económico, social e histórico real.

HERDER, FICHTE Y LA IDENTIDAD CULTURAL. - La noción de identidad cultural proviene de dos pensadores alemanes, que luego estuvieron detrás de la ideología nacional socialista. En 1767 Herder descubre el "*carácter nacional*" en la literatura y el lenguaje. El pensamiento genera el lenguaje, y distintas formas de pensamiento crean idiomas diferentes que permiten a grupos nacionales convivir y pensar juntos. Para Herder la lucha consistía en "*profundizar y fortalecer el reconocimiento de la potencia independiente*" de la lengua alemana, rechazando todo modelo y toda comunicación cultural con los países occidentales y en particular Francia. El lenguaje y la poesía debían ser los instrumentos para desarrollar esa identidad cultural protectora de los avances y desarrollos que provenían de fuera, es decir de los estados nación en construcción. La idea de "*especie humana*", afirma, es una generalización, por lo cual para Herder sólo cuenta que "*cada perfección humana es nacional, secular, y para decirlo más precisamente, individual*". Agrega que "*cada nación contiene en sí misma el centro de su felicidad del mismo modo que cada esfera marcha con su centro de gravedad*". Por el contrario "*el cosmopolitismo es vacío*" y atenta contra el desarrollo nacional.

Para Fichte la unidad alemana, después de la derrota ante Napoleón, está "*determinada por el carácter nacional de los pueblos*" y recupera la argumentación de Herder. En 1807 Fichte afirma que el primitivo lenguaje teutónico (*Usprache*), al no haberse

mezclado con otros idiomas, posee la fuerza cultural necesaria para esa unidad cultural, y en contradicción con Herder adjudica a las bases culturales un carácter divino porque "*el lenguaje moldea al hombre, más que el hombre al lenguaje; el lenguaje primitivo y los pueblos primitivos, representan características y cualidades esenciales, una especial capacidad germánica por el entusiasmo*", porque "*ser un hombre de carácter y ser un germano indudablemente significan lo mismo*". En reemplazo de un desarrollo racional del naciente capitalismo en el interior de estados absolutistas, en la Europa Central y a la vez en el Este europeo se recurre a formulaciones místicas e irracionales que conducen a la idea típicamente germánica, de *Kulturnation*. Para los alemanes era necesario superar la división en varios estados, y la mística esperan que los ayude a resolver la cuestión política, pero los apoyos son frágiles, porque no hay un objetivo práctico, concreto, traducible en términos económicos.

Las ideas propuestas por Herder y Fichte, sin embargo, se convierten en ideología durante el siglo XIX. Minorías cultas próximas al poder se adueñan de las propuestas intelectuales, y constituyen estados independientes en base a identidades culturales de lenguaje y literatura nacionales. Algunos de esos experimentos pueden parecer ahora particularmente divertidos, o poco serios. La Nación Eslava del Sur participa de la premisa de la Gran Illyria, al tiempo que lo germánico conduce a la nación unificada, por cierto poco diferente de la que Hitler propondría más de un siglo después incluyendo a los austríacos que ni lo soñaban en el siglo XIX. El movimiento eslavo del Sur consideraba que los pueblos establecidos entre el Adriático y el Mar Negro eran descendientes directos de los antiguos ilirios, y para dar consistencia a la propuesta procuraron durante varios años inventar un lenguaje eslavo del sur uniforme, para lo cual trataron de crear en Croacia un moderno lenguaje literario. Nada más razonable entonces que compilar la primera gramática eslava en 1821 y de inmediato modificar el lenguaje croata en base a un viejo dialecto, tarea ímproba a la que se dedicó durante una década Ludovit Gaj. Pero como este lenguaje era muy próximo al de Herzegovina, un tal Obradovic lo tomó por base de una literatura serbia: por esa misma época se publica la primera gramática serbia en dieciocho tomos probablemente impotables, con el propósito declara-

do de "*escribir como usted habla, y hablar como el pueblo habla*" (sic). De ambos impulsos culturales surge la premisa de que serbios y croatas deben estar unidos, proyecto que como se sabe trajo varios problemas a la humanidad por lo menos hasta 1992. Checos y eslovacos actúan de la misma manera y con resultados parecidos en un plebiscito de este año, aunque permitió algunas manipulaciones a mediados de siglo para facilitar a otros ideólogos descubrir allí raíces teutónicas o germánicas impensadas, con tal que Heydrich fuera el hombre.

Lo más insólito de lo ocurrido por entonces fue la identidad cultural rumana que despierta después de 1825. El movimiento de Transilvania-Rumania comienza en el siglo XVIII cuando tres famosos innovadores se dedican a enseñar a los demás cómo hablar y escribir: Samuil Micu, Gheorghe Sincai y Petru Maior se toman el trabajo de redactar una gramática con todas las normas lingüísticas y para completar su labor reemplazan el alfabeto cirílico, por el latino, que es menos complicado que el inventado por un monje ortodoxo que rompía con las raíces latinas que casualmente eran también raíces rumanas, culturalmente hablando. El problema rumano fue representativo, porque ese idioma inventado no lo hablaba ni lo escribía nadie, hecho previsible porque el popósito era construir "*un puro lenguaje rumano*", y la "*expulsión de palabras foráneas*". Para los dacios, después rumanos, y después transilvanos, la cosa sin embargo dio pretexto utópico para compensar las dependencias de variada índole de la población. Algo parecido a la contemporánea Federación del Danubio, o a los inventos eslavos meridionales. La historia presente hereda estos fenómenos de identidades culturales. Pero la mayor herencia se gestó en Alemania en tiempos de la República de Weimar (el huevo de la serpiente, dijo alguien) y se mantuvo hasta después de 1945 y la caída del III Reich.

La causa real, empero, estaba fuera: mientras los países occidentales tuvieron la capacidad de generar modernos estados nación (obsérvese la composición de cualquiera de ellos, aún hoy en día), en el Este en vez de modernizarse dejaron que la historia caminara por encima de anticuadas estructuras políticas, económicas y culturales. La identidad cultural fue el mito conservador convertido luego en ideología.

LA IDENTIDAD CULTURAL SIGLO XX. - Es obvio y poco discuti-

ble que cada pueblo construye su memoria cultural. El hombre, que no puede vivir solo, se organiza en sociedad, dicta normas de convivencia mediante consensos o imposiciones políticas, guarda y crea una cultura que es la memoria de esa convivencia a la que llega por la política, las leyes, los preceptos éticos, a los que modifica según usos y costumbres reflejo de las modificaciones de esa convivencia. Cultura, política, principios éticos y religiosos forman una sola cosa. Pero a medida que las sociedades evolucionan, cada pueblo descubre que no puede vivir aislado. Las leyes de la economía juegan un papel creciente, que permite (u obliga) a la integración o a la oposición de intereses. Y la cultura no es claramente memoria de esas fuerzas económicas, aunque quizás lo sea en algún momento futuro. La Europa comunitaria es resultado de la conciliación y complementación de intereses materiales y por eso es capaz de albergar la variedad de culturas, lenguajes, razas y pueblos que suman mucho más que doce estados. El proyecto comunitario puede discutirse, y hasta puede fracasar finalmente, pero no por razones culturales. Más bien las identidades culturales están en conflicto con ese plan unificador, y por ello en la misma medida que avanza el proyecto se reafirman las identidades ante el riesgo de desaparecer: en cine, por ejemplo, se revitaliza la producción regional vasca, valota, irlandesa, romanche, catalana y hasta prusiana. Lo mismo ocurre en los países ex-socialistas por otros motivos.

Pero en todos los casos la afirmación de identidades se produce sobre la realidad: vascos, flamencos y demás son realmente ellos mismos. Y a nadie se le ocurre, salvo a Rupert Murdoch o a algún filósofo post-post-moderno francés, proponer que existe una identidad cultural europea. Aunque a un ideólogo español se le dio por escribir que esa identidad cultural existe y consiste en haber impulsado el catolicismo, lo que parece (culturalmente) disparatado. No hay muchas dudas, por lo menos contemplando la realidad, de que los proyectos de identidad cultural -absolutamente respetables y necesarios- pueden operar solamente donde existe esa identidad, a nivel cada vez más regional. Por más que puedan parecer útiles para afirmar proyectos políticos y económicos amplios, quizás latinoamericanos, con los que en última instancia difieren. Como parece probar la historia del concepto de identidad cultural, a lo largo del tiempo.

¿IDENTIDAD CULTURAL LATINOAMERICANA?.- Durante el llamado socialismo real, en los países del Este europeo ocurrieron varias cosas. En vida de Stalin la cultura popular artística oficial propulsó el realismo socialista, capaz de ser visto y comprendido por el campesino del koljós, por el fundidor de un alto horno o por el propio Stalin que era más bien bruto como opinan los rusos de ahora. Stalin abolió las lenguas nacionales, si bien propició los folklores de cada región, pero en lo posible en ruso y en cirílico. La intención manifiesta era provocar la unidad del estado soviético y del bloque socialista por varios métodos: la clase obrera tiene su propia cultura, la del realismo socialista, que es la misma en todas partes; el accesorio folklórico es agradable y no perjudica si se habla ruso. Como todo eso era insuficiente, la economía planificada y centralizada distribuyó roles, de manera que en Hungría hicieran autobuses, en Ucrania fabricaran proyectores de cine, en Bulgaria hicieran los vinos y todo bajo control de la cabeza, en Moscú. La economía en la percepción de Stalin debía galvanizar la unidad. Y por las dudas, para el caso que el realismo socialista y la economía fracasaran, se esmeró en crear la NKVD, que era infalible.

Después de Stalin, se fue quedando sola la economía y todo terminó como se sabe. Pero en tiempos de Brezhnev se consolidó uno de los más curiosos mitos del ex-socialismo real: la cultura socialista, una forma de identidad cultural supra-nacional dependiente por una parte de la ideología y por otra de la clara y nítida identificación del enemigo principal. No hay distancias insalvables entre pueblos diferentes, porque el hombre nuevo habrá superado en un futuro incierto pero al alcance de la mano las diferencias regionales que se originan en la burguesía. Sin las burguesías la clase obrera consciente debía procesar una nueva cultura revolucionaria, es decir política y en todo caso partidaria cuyo cometido habría de ser la derrota del enemigo de clase.

Ese esquema mental, probablemente más reaccionario que el stalinismo, no sólo contrariaba algunas ideas del marxismo (aunque Marx no escribió demasiado sobre los problemas de la comunicación cultural artística); indujo además a propuestas globalizadoras por similitud. En la década del 80 se acuñaron algunos slogans entre los cuales el de la "identidad cultural latinoamericana", los cuales todavía sobreviven. La frase

hecha fue la simple aplicación de un esquema de pensamiento, y no era prudente discutirla. Sin mucha reflexión, sin embargo, se sigue hablando de esa supuesta identidad latinoamericana, sin percibir que el objetivo siempre fue político, o geopolítico, y que su origen no era estrictamente cultural. Por cierto, nuestra propia identidad reafirmada puede protegernos de la penetración cultural yanqui, que tanto preocupa. Pero también nos puede impermeabilizar a la penetración cultural brasileña, argentina, boliviana. Para evitar ese resultado opuesto al objetivo latinoamericanista, era necesario diferenciar los buenos de los malos y por ello se los distinguió, porque lo que vale es la identidad cultural latinoamericana. Desde luego, es seguro que existe mayor vecindad cultural entre los latinoamericanos que entre cualquier cultura de este continente y la cultura lapona, kirgizia o yanqui.

En los hechos se dio una contradicción entre la valoración de la identidad cultural propia y los propósitos políticos unificadores contra una dominación económica y política, igual que en Europa Central y del Este en los orígenes de la expresión *identidad cultural*. En lugar de impulsar los posibles proyectos económicos regionales independientes, se generó una actividad combativa en un supuesto frente cultural que era más bien ajeno y hasta diferente. La reflexión sobre estos problemas está abierta y merece una discusión seria exenta de chantajes intelectuales: por ejemplo, no es ninguna connivencia con ningún imperialismo dudar de la tal identidad cultural unificadora a lo largo de un continente especialmente extenso y diverso. Tampoco es serio sostener que somos tan iguales como alguien querría, los montevidEOS tan europeos y los brasileños nordestinos y los ciudadanos bolivianos que hablan aymara y los peruanos en quechua, por más que todos seamos latinoamericanos cómo no. La reafirmación de nuestras identidades culturales, propias e identificatorias, es un necesario gesto cultural que antes que nada prueba que los montevidEOS somos montevidEOS, del mismo modo que los habitantes de Recife son nordestinos y los indios bolivianos son indios bolivianos que quizás nunca vieron ni imaginan la vida en una ciudad portuaria con una ventana al mar. No exageremos: la utopía latinoamericana empieza y termina por otro lado, salvo mejor opinión.

